

Un mundo feliz

Les utopies apparaissent comme bien plus réalisables qu'on ne le croyait autrefois. Et nous nous trouvons actuellement devant une question bien autrement angoissante: Comment éviter leur réalisation définitive?... Les utopies sont réalisables. La vie marche vers les utopies. Et peut-être un siècle nouveau commence-t-il, un siècle où les intellectuels et la classe cultivée rêveront aux moyens d'éviter les utopies et de retourner à une société non utopique, moins 'parfaite' et plus libre.

NICOLAS BERDIAEFF

Prólogo

El remordimiento endémico, en el que coinciden todos los moralistas, es un sentimiento sumamente indeseable. Si te has portado mal, arrepíentete, repara el mal causado en lo posible y ocúpate de comportarte mejor la próxima vez. Bajo ningún concepto debes darle demasiadas vueltas a tus fechorías. Revolcarse en el lodo no es la mejor manera de limpiarse.

El arte también tiene su moral, y muchas de las reglas de esta moral son las mismas, o al menos análogas, que las de la ética corriente. El remordimiento, por ejemplo, es tan indeseable en relación con nuestra pobre creación artística como en relación con nuestra mala conducta. En el futuro, la maldad debería ser cazada, reconocida y, en lo posible, rechazada. Ensimismarnos en los errores literarios de hace veinte años, tratar de arreglar una obra defectuosa con la perfección que le faltó en su primera ejecución, perder los años de la madurez con la idea de corregir los pecados artísticos cometidos y heredados por aquella persona ajena que fuera uno mismo en la juventud, todo esto es, sin duda, vano e inútil. De ahí que este nuevo *Un mundo feliz* sea idéntico al viejo. Sus defectos como obra de arte son considerables; aunque para corregirlos debería haber vuelto a escribir el libro, y durante ese proceso, ya como otra persona, mucho mayor, probablemente me habría librado no sólo de algu-

nos de los fallos de la narración, sino también de algunos de los méritos que originalmente poseyera. Y así, resistiendo la tentación de revolcarme en el remordimiento artístico, prefiero dejar lo que está bien y lo que está mal en su sitio y pensar en otras cosas.

Sin embargo, por lo pronto, parece que, al menos, merece la pena mencionar el más grave defecto narrativo: al Salvaje se le ofrecen sólo dos alternativas: una vida alienada en Utopía o la de un primitivo en un poblado indio, una vida más humana en algunos aspectos, aunque en otros levemente menos desquiciada y aberrante. En la época en que se escribió la obra, esta idea de que al ser humano se le ofrece el libre albedrío para elegir entre la insania de una parte y la locura de la otra era tal que me parecía divertida y la tomé como posiblemente cierta. No obstante, para preservar la esencia dramática, con frecuencia se le permite al Salvaje hablar más juiciosamente de lo que su educación entre los miembros practicantes de una religión, mezcla del culto a la fertilidad y de la ferocidad de los *Penitentes*, le hubiese permitido hacerlo en realidad. Ni siquiera su conocimiento de Shakespeare sería, en realidad, suficiente para justificar tales expresiones. Y al final, ciertamente, se le hace renunciar a la cordura. Su *Penitentismo* nativo reafirma su autoridad y él se abandona a la obsesiva autotortura y al irremediable suicidio. «Y así, para siempre, murieron miserablemente», para gran consuelo del divertido y pírrónico esteta que fuera el autor de esta fábula.

Hoy día no siento deseos de demostrar que la cordura es imposible. Todo lo contrario, aunque continúo no menos tristemente seguro de que en el pasado la cordura fue un fenómeno bastante raro, estoy convencido de que se puede alcanzar y me gustaría verla actuar en más ocasiones. Por haber dicho esto en varios de mis libros más recientes y, sobre todo, por haber compilado una antología de lo que los cuerdos han contado sobre la cor-

dura y sobre los medios por los cuales se puede conseguir, me ha dicho un eminente crítico académico¹ que yo soy un síntoma del fracaso de una clase intelectual en tiempos de crisis. Ante esta deducción, supongo que el profesor y sus colegas representan alegres síntomas de éxito. Los benefactores de la humanidad se merecen el debido honor y conmemoración. Construyamos un Panteón para catedráticos. Deberíamos enclavarlo entre las ruinas de una de las ciudades destruidas de Europa o Japón, y sobre la entrada del osario yo grabaría, en letras de unos dos metros de altura, estas simples palabras: «CON-SAGRADO A LA MEMORIA DE LOS EDUCADORES DEL MUNDO. SI MONUMENTUM REQUIRIS CIRCUMSPICE»².

Pero de vuelta al futuro... Si ahora tuviera que volver a escribir el libro, le ofrecería al Salvaje una tercera alternativa. Entre los cuernos utópico y primitivo de su dilema se encontraría la posibilidad de la cordura, una posibilidad ya llevada a la práctica, hasta cierto punto, en una comunidad de exiliados y refugiados del *mundo feliz*, que vive en el territorio de la Reserva. En esta comunidad, la economía sería descentralista y Henry-georgiana³, y la política kropotkiniana⁴ y cooperativista. La ciencia y la tecnología se utilizarían como si, al igual que el Sabbath⁵, hubieran sido creadas para el hombre, y no (como ocurre en la actualidad y aún más en el *mundo feliz*) como si el hombre tuviera que adaptarse y esclavizarse a ellas. La religión sería la persecución consciente e inteligente del Fin Último del hombre: el conocimiento unitivo del Tao o Logos inmanente, la trascendente Divinidad o Brahman⁶. Y la imperante filosofía de la vida sería una especie de elevado utilitarismo⁷, en el cual el principio de la Felicidad Suprema estaría subordinado al principio del Fin Último hasta el punto de que la primera cuestión que plantear y que resolver en toda contingencia de la vida sería: «¿En qué medida esta reflexión o acción contribuirá o entorpecerá el logro, por mi parte

y la del mayor número posible de otros individuos, del Fin Último del hombre?».

Educado entre los primitivos, el Salvaje (en esta hipotética nueva versión de la obra) no sería transportado a Utopía antes de haber tenido una oportunidad de adquirir algún conocimiento de primera mano sobre la naturaleza de una sociedad formada por individuos que cooperaran libremente entregados a la búsqueda de la cordura. Con estas modificaciones, *Un mundo feliz* poseería una excelencia artística y filosófica —si es admisible emplear un término tan elevado en relación con una obra de ficción— que en su formato actual echa en falta.

Pero *Un mundo feliz* es una obra literaria sobre el futuro y, aparte de sus cualidades artísticas o filosóficas, una obra acerca del futuro puede solamente interesarnos si sus profecías tienen visos de hacerse realidad. Desde nuestra *atalaya* actual, quince años más abajo en el plano inclinado de la historia moderna, ¿cuán verosímiles parecen sus presagios? ¿Qué ha ocurrido en este doloroso intervalo que confirme o invalide los augurios de 1931?

Inmediatamente se manifiesta un flagrante error de previsión. *Un mundo feliz* no contiene referencia alguna a la fisión nuclear. Y, que no la tenga, es realmente extraño, pues las posibilidades de la energía atómica habían sido un tema habitual de conversación años antes de que la obra apareciera. Mi viejo amigo Robert Nichols⁸ incluso había escrito una exitosa comedia sobre este tema, y, ¡a propósito!, recuerdo que yo mismo también lo había mencionado en una novela publicada a finales de los años veinte⁹. Y, como ya he dicho, parece muy extraño que los cohetes y helicópteros del siglo VII de nuestro Ford¹⁰ no hayan sido propulsados por desintegración nuclear. No hay excusa para este despiste; pero, al menos, tiene una fácil explicación: la temática de *Un mundo feliz* no es el avance científico como tal, es el avance de la ciencia en cuanto afecta a los seres humanos. Las con-

quistas de la física, la química y la mecánica se dan tácitamente por sentadas. Los únicos avances científicos que se describen específicamente son aquellos que conllevan la aplicación en los seres humanos de los resultados de la investigación futura en biología, psicología y fisiología. Sólo cuando estemos en posesión de la ciencia de la vida, la calidad de vida podrá ser radicalmente cambiada. Las ciencias de la materia se pueden aplicar como para destruir la vida o hacer el paso por ella imposible; pero, a menos que sean empleadas como instrumentos por los biólogos y psicólogos, no podrán hacer nada para modificar las formas y manifestaciones naturales de la vida misma. La liberación de la energía atómica marca una gran revolución en la historia de la humanidad; pero no (a menos que nos vlemos a nosotros mismos en pedazos poniendo así fin a la historia) la revolución final y la más inquisitiva.

Esta revolución realmente revolucionaria¹¹ debe lograrse no en el mundo externo, sino en el alma y la carne del ser humano. Viviendo como vivió en un período revolucionario, el Marqués de Sade, de manera muy natural, aprovechó esta teoría de las revoluciones a fin de racionalizar su peculiar tipo de locura. Robespierre había conseguido la forma más superficial de revolución: la económica. Profundizando un poco más, Babeuf¹² había intentado ya la revolución económica. Sade se tenía a sí mismo por el apóstol de la revolución verdaderamente revolucionaria, más allá de la mera política y de la economía, la revolución de cada hombre, mujer y niño, cuyos cuerpos se esperaba que, en adelante, llegaran a ser la propiedad sexual común de todos y cuyas mentes se esperaba que fueran lavadas de toda decencia natural, de todas las inhibiciones, laboriosamente adquiridas, de la civilización tradicional. Entre el Sadismo y la revolución realmente revolucionaria no hay, naturalmente, una necesaria o inevitable conexión. Sade era un

lunático, y la meta, más o menos consciente, de su revolución eran el caos y la destrucción universales. Las personas que controlan el *mundo feliz* pueden no ser cuerdas (si valoramos el sentido absoluto del término); pero están locas, y su meta no es la anarquía, sino la estabilidad social. Y es en aras de lograr esta estabilidad por lo que llevan a cabo, por métodos científicos, la última revolución, personal, realmente revolucionaria.

Pero, entretanto, nos hallamos en la primera fase de lo que quizá sea la penúltima revolución. Su próxima fase puede ser la guerra atómica, en cuyo caso no tendremos que preocuparnos por las profecías sobre el futuro. Sin embargo, cabe concebir que tengamos el necesario discernimiento, si no para dejar de luchar entre nosotros, al menos para comportarnos tan racionalmente como lo hicieron nuestros ancestros del siglo XVIII. Los inimaginables horrores de la Guerra de los Treinta Años¹³ dieron una auténtica lección a los hombres, y durante más de un siglo los políticos y generales de Europa resistieron conscientemente la tentación de utilizar sus recursos militares hasta los límites de la destrucción o —en la mayoría de los casos— para continuar luchando hasta que el enemigo fuese totalmente aniquilado. Hubo agresores, por supuesto, codiciosos de lucro y de gloria; pero también hubo conservadores decididos, a cualquier precio, a mantener intacto y en marcha su mundo. Durante los últimos treinta años no ha habido conservadores; sólo ha habido nacionalistas radicales de la derecha y nacionalistas radicales de la izquierda. El último hombre de Estado conservador fue el quinto marqués de Lansdowne, y cuando él escribió una carta a *The Times*, sugiriendo que la Primera Guerra Mundial debía terminar con un compromiso, como había ocurrido en la mayoría de las guerras del siglo XVIII, el editor de aquel, en otros tiempos, conservador diario se negó a publicarla. Los radicales nacionalistas lograron su cometido, con las conse-

cuencias que todos conocemos: bolchevismo¹⁴, fascismo, inflación, depresión, Hitler, la Segunda Guerra Mundial, la ruina de Europa y mucho más salvo el hambre universal.

Admitiendo, pues, que seamos capaces de aprender tanto de Hiroshima como nuestros antepasados de Magdeburgo¹⁵, podríamos esperar un período, no de paz, seguramente, sino de guerra limitada y sólo parcialmente ruinosa. Durante ese período se puede asumir que la energía nuclear será aprovechada para usos industriales. El resultado de esto, evidentemente, será una serie de cambios económicos y sociales sin precedentes en cuanto a su rapidez y exhaustividad. Todos los estándares de vida humana actuales serán desestabilizados y se hará necesario improvisar otros nuevos que se ajusten al factor no humano de la energía atómica. Como moderno Procasto¹⁶, el científico nuclear preparará la cama en la que deberá yacer la humanidad; y si la humanidad no cabe bien en ella..., bueno, le irá demasiado mal a la humanidad. Serán necesarios unos tirones y alguna que otra amputación, el mismo tipo de tirones y de amputaciones que se vienen dando desde que la ciencia aplicada puso en marcha toda su maquinaria; sólo que en esta ocasión serán mucho más drásticos que en el pasado. Estas operaciones, en modo alguno inofensivas, serán dirigidas por gobiernos totalitarios sumamente centralizados. Irremediablemente, porque el futuro inmediato es probable que se parezca al pasado inmediato, y en el pasado inmediato los rápidos cambios tecnológicos, al haberse dado en una economía de producción masiva y entre una población predominantemente no propietaria, han tendido siempre a producir una confusión social y económica. Para hacer frente a la confusión, el poder ha sido centralizado y ha aumentado el control del gobierno. Es probable que todos los gobiernos del mundo sean más o menos totalitarios incluso antes de la utilización de la energía atómica. El hecho de que serán totalitarios,

durante y después de este proceso, parece casi seguro. Sólo un movimiento popular de masas hacia la descentralización, y de ayuda mutua, puede detener la tendencia actual al estatismo. Hoy por hoy no hay indicios de que surja tal movimiento.

Naturalmente, no hay razón alguna para que el nuevo totalitarismo se parezca al viejo. El gobierno, a base de porras y pelotones de ejecución, de hambre creada artificialmente, de encarcelamientos y deportaciones en masa no es sólo inhumano (hoy día, a nadie le importa demasiado todo esto); su ineficacia es irrefutable y, en una época de tecnología avanzada, la ineficacia es el pecado contra el Espíritu Santo¹⁷. Un estado totalitario realmente eficaz sería aquel en el que el todopoderoso ejecutivo de los jefes políticos y su ejército de dirigentes controlen una población de esclavos que no ha de ser coaccionada, puesto que ama su servidumbre. Persuadir a estos esclavos a amarla es la tarea asignada, en los actuales estados totalitarios, a los ministerios de propaganda, los directores de los periódicos y los maestros de escuela. Pero sus métodos aún son primitivos y anti-científicos. El viejo farol de los Jesuitas de que, si se les daba la educación del niño, podrían responder de las opiniones religiosas del hombre, fue el resultado de un espejismo. Y el pedagogo moderno es probablemente menos eficiente en cuanto a condicionar los reflejos de sus alumnos de lo que lo eran los reverendos padres que educaron a Voltaire¹⁸. Los mayores triunfos de la propaganda se han logrado no por hacer algo, sino por impedir que ese algo se haga. Grande es la verdad, pero más grande aún, desde un punto de vista práctico, es el silencio sobre la verdad. Simplemente al no mencionar ciertos asuntos, al bajar lo que el señor Churchill llama un «telón de acero»¹⁹ entre las masas y tales hechos o argumentos que los jefes políticos consideran indeseables, los propagandistas totalitaristas han influido en la opinión

de una manera mucho más eficaz de lo que lo podrían haber hecho mediante las más elocuentes denuncias y las más concluyentes refutaciones lógicas. Pero el silencio no basta. Si se pretende evitar la persecución, la liquidación y otros síntomas de fricción social, los aspectos positivos de la propaganda deben resultar tan eficaces como los negativos. Los más importantes Proyectos Manhattan²⁰ del futuro serán vastas encuestas patrocinadas por los gobiernos a las que los políticos y los científicos que participen en ellas llamarán «el problema de la felicidad». En otras palabras, el problema de hacer que la gente ame su servidumbre. Sin seguridad económica, el amor a la servidumbre no puede, seguramente, llegar a existir. Para ser breve, admito que el todopoderoso poder ejecutivo y sus dirigentes resolverán exitosamente el problema de la seguridad permanente. Pero la seguridad tiende muy rápidamente a darse por sentada. Su logro es una revolución simplemente superficial, externa. El amor a la servidumbre no puede construirse más que como el resultado de una revolución profunda y personal en las mentes y los cuerpos humanos. Para provocar esta revolución precisamos, entre otras cosas, los siguientes descubrimientos e inventos: primeramente, una técnica de sugestión enormemente desarrollada, mediante el condicionamiento de los niños y, después, con la ayuda de drogas, como la escopolamina²¹; en segundo lugar, una ciencia totalmente desarrollada de las diferencias humanas, que permita a los dirigentes gubernamentales destinar a cada individuo a su adecuado lugar en la jerarquía social y económica (las clavijas redondas en agujeros cuadrados tienden a albergar pensamientos peligrosos sobre el sistema social y a contagiar a los demás su descontento); en tercer lugar (dado que la realidad, por muy utópica, es algo de lo que la gente siente la necesidad de tomarse muchas vacaciones), un sustitutivo para el alcohol y los demás narcóticos, algo que sea

a la vez menos dañino y más placentero que la ginebra o la heroína; y cuarto (aunque este sería un proyecto a largo plazo, que conllevaría generaciones de control totalitario para alcanzar una conclusión positiva), un sistema de eugenesia²² a prueba de tontos, diseñado para estandarizar el producto humano y así facilitarle a los dirigentes la tarea. En *Un mundo feliz* esta uniformización del producto humano ha sido llevada a un extremo alucinante, aunque tal vez no imposible. Desde un punto de vista técnico e ideológico, todavía estamos muy lejos de los bebés prefabricados y de los grupos de Bokanovsky²³ medio retrasados. Pero hacia el año 600 de la era fordiana, ¿quién sabe lo que podría o no ocurrir? Mientras tanto, los demás rasgos característicos de ese mundo más feliz y más estable —los equivalentes del soma²⁴ y la hipnopedia²⁵, y el sistema científico de castas—, probablemente no se hallan a más de tres o cuatro generaciones de distancia. Tampoco la promiscuidad sexual de *Un mundo feliz* parece distar mucho de nuestro tiempo. Ya hay algunas ciudades americanas en las cuales el número de divorcios es equiparable al número de bodas. En pocos años, sin lugar a dudas, las licencias matrimoniales se tramitarán como las licencias para perros, aptas sólo para un período de doce meses y sin ninguna ley que impida cambiar de perro o tener más de un animal al mismo tiempo. Conforme la libertad política y económica disminuye, la libertad sexual tiende, en compensación, a aumentar. Y el dictador (salvo que necesite carne de cañón y familias con las cuales colonizar territorios desiertos o conquistados) hará bien en promover esa libertad. Junto con la libertad de soñar despiertos bajo la influencia de los narcóticos, del cine y de la radio, la libertad sexual ayudará a reconciliar a sus súbditos con la servidumbre, que es su destino.

A la vista de todo ello, parece como si la Utopía se hallara mucho más cerca de nosotros de lo que nadie

hubiese podido imaginar hace tan sólo quince años. Así pues, la planeé para dentro de seiscientos años en el futuro. A día de hoy parece muy posible que este monstruo se cierna sobre nosotros en apenas un siglo. Es decir, si evitamos hacernos pedazos durante este intervalo. Ciertamente, a no ser que optemos por descentralizar y emplear la ciencia aplicada, no como el fin para el cual los seres humanos hayan de ser tenidos en cuenta como medios, sino como el medio para producir una raza de individuos libres, sólo tendremos para elegir dos alternativas: o una cifra de totalitarismos nacionales y militarizados, que tendrán como raíces el terror de la bomba atómica y como consecuencia de ello la destrucción de la civilización (o, si la guerra es limitada, la perpetuación del militarismo); o bien un totalitarismo supranacional, puesto en marcha por el caos social resultante del rápido progreso tecnológico en general y por la revolución atómica en particular, que se desarrollaría ante la necesidad de eficiencia y estabilidad para desembocar en la próspera tiranía de la Utopía. Como usted paga con su dinero, usted elige.

ALDOUS HUXLEY, 1946.

Capítulo I

Un macizo edificio gris de sólo treinta y cuatro plantas²⁶. Sobre la entrada principal, las palabras: «CENTRO DE INCUBACIÓN Y CONDICIONAMIENTO DE LA CENTRAL DE LONDRES» y, en una placa, la divisa del Estado Mundial: «COMUNIDAD, IDENTIDAD, ESTABILIDAD»²⁷.

La enorme sala de la planta baja estaba orientada al Norte. Fría a pesar del verano que dominaba el exterior del edificio y del calor tropical del interior, una luz cruda y pálida brillaba a través de las ventanas buscando ansiosamente algún cuerpo yacente amortajado, alguna pálida forma de académica carne de gallina; pero sólo albergaba el cristal, el níquel y las frías y relucientes porcelanas de un laboratorio. El invierno respondía al invierno²⁸. Las batas de los trabajadores eran blancas, con manos enfundadas en guantes de goma de un pálido color cadavérico. La luz era helada, muerta, un fantasma. Sólo los tubos amarillos de los microscopios le prestaban una sustancia llena de vida, que chorreaba como mantequilla por las lustrosas probetas, en una larga serie de vivos destellos por todas las mesas de trabajo.

—Y esta —dijo el director abriendo la puerta— es la Unidad de Fecundación.

Inclinados sobre sus instrumentos trabajaban trescientos fecundadores cuando el director de Incubación y Condicionamiento entró en la sala, sumidos en un silen-

cio en el que sólo se oía el resuello y el inconsciente y solitario rumor o murmullo de la más absorta concentración. Una tropa de estudiantes novatos, muy jóvenes, rubicundos y bisoños, seguía con inquietud, casi abyectamente, al director, pisándole los talones. Todos ellos portaban un cuaderno donde garrapateaban desesperadamente todo lo que el gran hombre decía. Directamente de los labios del gran gurú. Era un raro privilegio. El DIC²⁹ de la Central de Londres siempre consideraba fundamental acompañar en persona a los nuevos alumnos por los diferentes departamentos.

—Sólo para darles una idea general —les explicaba.

Pues, naturalmente, debían tener algún tipo de idea general si tenían que llevar a cabo su trabajo inteligentemente, aunque lo más pequeña posible si habían de ser los buenos y felices miembros de la sociedad. Porque los detalles, como todo el mundo sabe, conducen a la virtud y a la felicidad, mientras que las generalidades son, intelectualmente, males necesarios. No son los filósofos sino los ebanistas autodidactas y los coleccionistas de sellos³⁰ quienes componen la columna vertebral de la sociedad.

—Mañana —añadió, sonriéndoles con una cordialidad un poco intimidatoria— ustedes se entregarán a un trabajo serio. Y no tendrán tiempo para vaguedades. Mientras tanto...

Mientras tanto, era un privilegio. De los labios del gran gurú directamente al cuaderno. Y los muchachos garrapateaban como posesos.

Alto y más bien delgado, aunque muy erguido, el director avanzó hacia el centro de la sala. Tenía la barbilla larga y prominente y los dientes bastante grandes, apenas cubiertos, cuando no hablaba, por unos labios carnosos y redondos. ¿Viejo? ¿Joven? ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y cinco? Era difícil decirlo. De todos modos, esta cuestión a nadie le interesaba; en este año de estabi-

lidad, el 632 después de Ford, a nadie se le hubiera ocurrido preguntarlo.

—Empezaré por el principio —dijo el director.

Y los estudiantes más aplicados anotaron la intención del director en sus cuadernos: «Empecemos por el principio».

—Estas —dijo señalando con la mano— son las incubadoras —y abriendo una puerta aislante les mostró filas sobre filas de tubos de ensayo numerados—. La provisión semanal de óvulos —explicó—, conservados a la temperatura de la sangre; mientras que los gametos masculinos —y al decir esto abrió otra puerta— deben ser conservados a treinta y cinco grados de temperatura en vez de a treinta y siete. La temperatura de la sangre completa esterilizada. Los carneros envueltos en termógeno no engendran corderos.

Todavía apoyado en las incubadoras, mientras los lápices de los muchachos resbalaban ilegiblemente por las páginas, el director les ofreció una breve descripción del moderno proceso de fecundación. Primero habló, por supuesto, de su prólogo quirúrgico: «La operación voluntariamente padecida en beneficio de la sociedad, sin mencionar el hecho de que conlleva una bonificación equivalente al salario de seis meses». Continuó con una relación de datos acerca de la técnica para conservar el ovario extirpado vivo y en continuo desarrollo; pasó a hacer unas consideraciones sobre la temperatura, la salinidad y la viscosidad óptimas; aludió también al licor en el que se conservan separados los óvulos maduros. Y, llevando a sus alumnos a las mesas de trabajo, les mostró realmente cómo se extraía el licor de los tubos de ensayo; cómo se echaba, gota a gota, sobre las placas, especialmente caldeadas, de los microscopios; cómo se inspeccionaban los óvulos contenidos en estas en busca de posibles anomalías, contados y trasladados a un recipiente poroso; cómo (y entonces los llevó a ver la

operación) este recipiente era sumergido en un caldo tibio que contenía espermatozoides que nadaban en libertad, a una concentración mínima de cien mil por centímetro cúbico, insistió; y cómo, tras diez minutos, el recipiente se sacaba del caldo y se volvía a examinar su contenido; cómo, si alguno de los óvulos quedaba sin fertilizar, se volvía a sumergir nuevamente y, si fuera necesario, una tercera vez; cómo los óvulos fecundados volvían a las incubadoras, donde los Alfas y los Betas permanecían hasta ser definitivamente embotellados, mientras que los Gammas, Deltas y Epsilones³¹ se sacaban después de tan sólo treinta y seis horas para ser sometidos al método de Bokanovsky³².

—El método de Bokanovsky —repitió el director.

Y los estudiantes subrayaron estas palabras en sus pequeños cuadernos.

Un huevo, un embrión, un adulto: la normalidad. Pero un óvulo Bokanovskificado rebrota, se reproduce, se divide. De ocho a noventa y seis brotes, y cada brote se convertirá en un embrión perfectamente formado, y cada embrión en un adulto completo. Se crean noventa y seis seres humanos donde antes sólo se formaba uno: progreso.

—Fundamentalmente —concluyó el DIC³³—, la bokanovskificación consiste en una serie de interrupciones en el desarrollo. Bloqueamos el crecimiento normal y, paradójicamente, el óvulo reacciona reproduciéndose.

«Reacciona echando brotes». Los lápices parecían volar.

El director señaló con el dedo. En una larga cinta, que se movía lentamente, un receptáculo cargado de tubos de ensayo pasaba a una gran caja metálica, de cuyo lado opuesto salía otro también repleto. El mecanismo rechinaba vagamente. El director les dijo que los tubos de ensayo tardaban ocho minutos en atravesar la caja metálica. Ocho minutos de intensos rayos X era lo máximo que un óvulo podía soportar. Unos cuantos morían; de

los restantes, los menos aptos se dividían en dos, aunque la mayoría producía cuatro, algunos incluso ocho, y todos eran después devueltos a las incubadoras, donde los brotes comenzaban a desarrollarse; luego, pasados dos días, se les congelaba bruscamente y se detenía su crecimiento. Dos, cuatro, ocho, los brotes a su vez retoñaban; luego eran sometidos a una dosis de alcohol casi letal; como resultado de esto, brotaban de nuevo, y una vez que habían brotado se les dejaba desarrollarse en paz —brotes de brotes de brotes—, puesto que una nueva interrupción de su crecimiento tendría fatales consecuencias. En ese momento, el óvulo original estaba listo para convertirse en un número de embriones que oscilaba entre ocho y noventa y seis, una prodigiosa evolución —estarán de acuerdo— superior a la de la naturaleza. Dobles idénticos, pero no en absurdas parejas o de tres en tres, como en los viejos tiempos vivíparos, cuando un óvulo a veces se dividía accidentalmente; en realidad, por docenas, por veintenas al mismo tiempo.

—Por veintenas —repitió el director, abriendo los brazos como si estuviera repartiendo dádivas—, por veintenas.

Pero uno de los estudiantes fue lo bastante imbécil para preguntar dónde residía la ventaja.

—¡Hijo mío! —exclamó el director volviéndose rápidamente hacia él—. ¿No lo ve usted? ¿No puede verlo? —Levantó una mano con expresión solemne—. ¡El método Bokanovsky es uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social!

«Uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social».

Hombres y mujeres en serie, en lotes uniformes. Todo el personal de una pequeña fábrica podría ser producido por un solo óvulo bonakovskificado.

—¡Noventa y seis gemelos idénticos trabajando en noventa y seis máquinas idénticas! —La voz del director

temblaba de emoción—. Sabéis muy bien dónde estáis. Por primera vez en la historia —y citó la divisa planetaria—: «Comunidad, Identidad, Estabilidad» —gloriosas palabras—. Si pudiéramos bokanovskificar indefinidamente, todo el problema estaría resuelto.

Resuelto por Gammas en serie, Deltas inalterables, Epsilones uniformes. Millones de idénticos gemelos. El principio de la producción en masa aplicado por fin a la biología.

—Pero ¡ay! —suspiró el director, moviendo la cabeza—, *no podemos* bokanovskificar indefinidamente.

Noventa y seis parecía ser el límite, y setenta y dos un buen promedio. Fabricar tantas remesas de gemelos idénticos como fuera posible a partir del mismo ovario y con gametos del mismo macho, eso era lo máximo —lamentablemente un pobre resultado— que podían conseguir. E incluso eso no era fácil.

—Pues en la naturaleza se necesitan treinta años para que doscientos huevos alcancen la madurez. Pero nuestra labor es estabilizar la población en este momento, aquí y ahora. Producir gemelos con cuentagotas durante un cuarto de siglo, ¿para qué nos serviría?

Evidentemente, para nada. Pero la técnica de Pod-snap³⁴ había acelerado tremendamente el proceso de maduración. Ya se podía garantizar, como mínimo, la producción de ciento cincuenta óvulos maduros en dos años. Fertilizar y bokanovskificar —en otras palabras, multiplicar por setenta y dos— aseguraba un promedio de casi once mil hermanos y hermanas en ciento cincuenta remesas de gemelos idénticos y de la misma edad en el plazo de dos años.

—Y, en casos excepcionales, podemos hacer que un solo ovario nos dé más de quince mil individuos adultos.

Volviéndose hacia un joven rubio y saludable que pasaba por allí en aquel momento, lo llamó:

—Señor Foster³⁵.